

espiritual, porque yo sin tí nada puedo; *veamos si floreció la viña, si producen fruto las flores, si están en flor ya los granados; allí te daré mis pechos* (1); en cuyos hermosos vocablos se significan las tres vías del camino de la perfección; por la viña en flor, se sobrentiende la vía purgativa; por las flores en fruto, la iluminativa; y por la flor de los granados, la unitiva. Todas las cristianas virtudes que practiquemos, hemos de efectuarlas por amor á nuestro Dios y de regalárselas como prendas de nuestro amor hacia Él. Sin duda, por esto dice la Esposa: (2) *Las mandrágoras han dado olor. En nuestras puertas todas las frutas, las nuevas y las añejas, amado mío, he guardado para ti.*

(1) Videamus si floruit vinea, si flores fructus parturiunt, si floruerunt mala punica: ibi dabo tibi ubera mea. Cant. VII, 12.

(2) Mandragoræ dederunt odorem. In portis nostris omnia poma: nova et vetera, dilecte mi, servavi tibi. Cant. VII, 13.



CAPÍTULO VIII

SUMARIO

Último grado del amor de Dios.

Quién te me dará á ti, hermano mío, prorrumpe el alma fiel, tomando los pechos de mi madre, que te halle fuera, y te imprima ósculo de paz y ya nadie me desprecie? (1) Como si dijera: Pluguiera á Dios que yo pudiera tratarte como á un niño que lacta, y que te hallase en la calle para tomarte en mis brazos, besarte y recrearme contigo. Por cuyas palabras, afirman Aponio y Gislerio, se entiende que el alma piadosa desea recibir á Cristo Sacramentado, el cual se manifiesta en el Venerable Sacramento tan humilde que, como tierno y amable parvulillo, desea entrarse en los corazones de los fieles, á fin de que éstos obtengan el objeto apetecido de la Esposa. No pocas veces, nuestro adorable Jesús Sacramentado se ha mostrado á los santos en forma de gracioso niño, como aconteció á Nuestro Padre S. Francisco y á S. Antonio de Padua; y el mismo abad Ruperto refiere de sí propio que, como fuese obligado á recibir el sacerdocio contra su voluntad, estando en duda de si lo aceptaría, vió cierto día en el altar á Cristo crucificado que deseaba abrazarle y besarle; efectivamente, Ruperto se llegó á Jesús, quien le estrechó contra sí y le dió ósculo de paz,

(1) Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meæ. ut inveniam te foris, et deosculet te, et jam me nemo despiciat? Cant. VIII, 1.

confirmando el verso mencionado, é inspirándole que recibiese el sacerdocio.

Nuestro Divino Salvador en la Eucaristía es, según quedó indicado, Hermano del alma santa que desea espiritualmente entrarse en su corazón. Pues bien; el alma que le aprecia de veras, en el momento de recibirle sacramentado le dirige estas regaladas palabras: (1) *Asiré de ti*, esto es: te cogeré y te conduciré á mi corazón, madre de todas mis obras; allí me enseñarás los caminos de tu justicia, y yo te daré á beber del vino eucarístico que tú mismo me has proporcionado. En este sentir se halla Ruperto; que por cierto se halla conforme con lo que expresó anteriormente la Esposa, á saber: Venga mi amado á su huerta, esto es: á mi alma, y coma el fruto de sus manzanos, que son las virtudes y que él mismo me ha producido: así el vino eucarístico, regalado por Cristo á la Esposa, es el que pretende ésta retribuirle.

Una vez que ha sido llevada la Eucaristía al corazón de la Esposa, quiere ésta, como antes, unirse íntimamente á su purísimo amado, por cuyo motivo, exclama: *Su izquierda debajo de mi cabeza y la derecha de él me abrazará* (2). En este estado, el alma fiel toma muy á mal que la molesten, pues se halla felizmente con Jesucristo; recibiendo sus dulces inspiraciones, aceptando sus gratos consuelos, deleitándose en su amor, y principalmente, repitiendo actos de fe, esperanza, contrición, adoración y caridad; por ese motivo se dirige á sus compañeras y las increpa de este modo: *Conjúroos, hijas de Jerusalén, que no despertéis* de este dulce sueño, *ni hagáis recordar á la amada*, que se halla con su amoroso Señor, *hasta que ella quiera* (3); con cuyas últimas frases se prueba el óptimo grado de amor á que llegó la Esposa de Jesucristo.

(1) Apprehendam te, et ducam in domum matris meæ: ibi me docebis, et dabo tibi populum ex vino condito, et mustum malorum granatorum meorum. Cant. VIII, 2.

(2) Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me. Cant. VIII, 3.

(3) Adjuro vox filiæ Jerusalem, ne suscitatis, neque evigilari faciatis dilectam, donec ipsa velit. Cant. VIII, 4.

Los compañeros del Esposo que, según advertí, son los santos ángeles, al ver á la fiel Esposa tan dulcemente unida á Jesucristo, exclaman poseídos de admiración: (1) *¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de delicias, apoyada sobre su amado?* Como si dijeran: *¿Quién es esta criatura que sube de virtud en virtud, del desierto de este mundo corrompido, hasta llegar al cúmulo de la perfección en la que respira suavidad espiritual, y á fin de que no decaiga del fervor, anda apoyada sobre su amado?*; ó como expone Alano: Desciende el alma al desierto de este mundo por el nacimiento; sube por el desierto, marchando de virtud en virtud; sube sobre el desierto, despreciando toda sublimidad de los mundanos; y asciende del desierto á la eterna bienaventuranza. El Esposo, empero, que oía semejantes encomios, con objeto de que no se engriera, le dice: *Debajo de un manzano te desperté, allí fué corrompida tu madre, allí fué violada tu engendradora* (2). Por el cual árbol entienden muchos Santos Padres la cruz del Salvador, y algunos con S. Anselmo, llegan á afirmar que ésta fué construída de madera del manzano. En este supuesto; Cristo Nuestro Señor, al ser clavado en este precioso árbol, despertó á la generación universal del inmundo sueño del pecado en que yacía. Bajo de este mismo árbol, y en un tiempo muy anterior, fué corrompida nuestra madre Eva cuando desobedeció el mandato del Criador, comiendo del fruto prohibido; de lo cual deducimos que este verso de los Cantares es propiamente bellísima profecía de la pasión y muerte del Redentor, como, según Philón, lo es también de la Eucaristía.

En confirmación de lo cual declara á la Esposa: *Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo, porque fuerte es el amor como la muerte, duro como el infierno el celo, sus lámparas son lámparas de fuego y de*

(1) Quæ est ista, quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum? Cant. VIII, 5.

(2) Sub arbore malo suscitavi te: ibi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua. Cant. VIII, 5.

llamas (1). Á la manera que la figura del sello queda impresa en el objeto sellado, particularmente si éste es blando, así quiere Nuestro Señor que sellemos nuestra alma con el Cristo Eucarístico, de suerte que en nuestras potencias quede grabado Jesucristo y con Él su vida, sus trabajos, su pasión y su amor; por manera, que no respiremos otra cosa que á Cristo, no deseemos otra cosa que á Cristo y no amemos á otro con amor privilegiado que á Cristo Sacramentado. Añade que el amor es fuerte como la muerte; porque así como la muerte nos separa de la vida corporal, así el amor de Cristo nos separa de la vida mundana, y ninguna cosa de este mundo, como enseña el Apóstol, podrá separarnos de este amor cuando es verdadero. *Duro como el infierno es el celo*; porque al modo que el infierno, dice Casiodoro, á los que una vez ha recibido ya no les abandona para nunca jamás; del propio modo el celo, cuando es verdadero y es celo de Cristo, jamás abandona á los suyos. *Las lámparas de este amor son lámparas de fuego y de llamas*; y á la verdad; el amor de Cristo Sacramentado quema, abrasa y consume al alma para transformarla en otro Cristo, y el amor que espera Nuestro Señor de nosotros ha de quemar, abrasar y consumir las vanidades del siglo y todo cuanto se oponga á la voluntad bendita de Jesucristo. Pero una palabra más quiere pronunciar el Salvador á fin de dar á conocer mejor el amor que profesa á los suyos. *Muchas aguas, dice, no pudieron apagar la caridad, ni ríos la anegarán, si diera el hombre toda la substancia de su casa por el amor, como nada la despreciará* (2). Por las cuales aguas se sobrentienden las de la tribulación, persecución, pobreza, tentación y todas cuantas penas puedan sobrevenir al hombre. Pues bien; siendo tantos los padecimientos que sufrió Cristo Nuestro Redentor, tantos los desprecios de parte de las

(1) *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum: quia fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus æmulatio: lampades ejus, lampades ignis atque flammaram.* Cant. VIII, 6.

(2) *Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam: si dederit homo omnem substantiam domus suæ pro dilectione, quasi nihil despiciet eam.* Cant. VIII, 7.

criaturas, tanta guerra de parte de los espíritus infernales, y, sabiendo además, las contumelias que en lo sucesivo habían de inferir á su Divina Persona en el Santo Sacramento del Altar, no por eso dejó de amar con caridad inmensa á sus hijos, ya que como Él ha dicho, muchas aguas no pudieron apagar su caridad, aun cuando se juntasen á manera de caudalosos ríos.

Luego que la santa esposa hubo oído de boca del Señor amorosísimo las excelencias de su caridad, no solamente cuida de amarle, sino que apetece que los espíritus más flacos se llenen de esta caridad inmensa, y así le dice: *Nuestra hermana es pequeña y no tiene pechos. ¿Qué haremos á nuestra hermana en el día cuando se le ha de hablar?* (1). Como si dijera, nuestras hermanas, las almas incipientes en la virtud no tienen la abundancia divina con que Tú me has regalado. ¿Qué medios, pues, emplearemos para que reciban este celestial alimento, á fin de que en el día del juicio, momento en que Tú, oh divino Esposo mío, les has de pedir cuenta de sus obras, puedan contestar satisfactoriamente? Á lo cual responde el Señor: *Si es un muro, edifiquemos sobre él almenas de plata; si es puerta, guarnezcámosla con tablas de cedro* (2); ó como comenta el Venerable Scio: Si es un muro por el cual ha estado hasta ahora separada de nosotros, edifiquemos sobre él fortalezas de plata, que simbolizan la caridad más ardiente, para que desde ellas pueda combatir contra los adversarios nuestros, que son los que la separan de nuestro amor; y si es puerta por donde deja entrar á sus enemigos, guarnezcámosla con tablas de cedro de una incorruptible fe. *Yo soy muro, añade la Esposa; y mis pechos como torre, desde que delante de Él he sido hecha como la que halla la paz* (3). Estas frases vienen á ser como un reconocimiento á los beneficios divinos, pues

(1) *Soror nostra parva, et ubera non habet: quid faciemus sorori nostræ in die quando alloquenda est?* Cant. VIII, 8.

(2) *Si murus est, ædificemus super eum propugnacula argentea: si ostium est, compingamus illud tabulis cedrinis.* Cant. VIII, 9.

(3) *Ego murus: et ubera mea sicut turris, ex quo facta sum coram eo quasi pacem reperiens.* Cant. VIII, 10.

cuenta al celestial Esposo que si ella es el muro que posee la caridad, y sus pechos como torre, en los que se halla la abundancia celestial, es desde que halló la paz de Jesucristo que fué debida á los méritos de su Pasión y muerte y al indecible amor que le profesó en el Sacramento del Altar.

Prosigue el alma santa refiriendo que ella guarda con perfección la herencia que le dió el Salvador, y de la que tiene que exigirle estrecha cuenta en el día del juicio, y así se expresa: *Una viña tuvo el pacífico en aquélla que tiene pueblos: la entregó á los guardas, el hombre trae por el fruto de ella mil monedas de plata. Mi viña delante de mí está. Tus mil del pacífico, y doscientas para aquéllos que guardan los frutos de ella* (1); palabras que comenta á la letra el Maestro León, de esta manera: El pacífico, esto es; Salomón poseyó una viña cerca de Jerusalén, la cual entregó á unos labradores para que la guardasen y cultivasen, reservándose ellos lo que ganasen con tal que retribuyesen á Salomón mil siclos de plata; de aquí concluye la esposa, que, guardando y cultivando por su cuenta la suya propia, precisamente le había de rentar á ella más que la de su Esposo. Y así dice; pues si la tuya te produce mil y á los arrendatarios la quinta parte por lo menos, que son doscientos, ¿qué me rentará á mí la mía de la que yo tengo tanto cuidado? Con las cuales palabras se significa con toda propiedad la parábola de los talentos, que consiste en la necesidad que tenemos de lucrar con los dones que Dios nos ha dado, otro tanto del número de gracias que nos ha concedido, á fin de que podamos ser buenos y fieles siervos y entremos un día en el gozo de Nuestro Señor.

En suma; este sagrado Epitalamio queda finalizado mediante la despedida que se dan los dos místicos esposos. *Oh tú, que moras en los huertos, dice el Señor, los amigos te escuchan; hazme oír tu voz* (2). Paloma mía, dice

(1) *Vinea fuit pacifico in ea, quæ habet populos: tradidit eam custodibus, vir affert pro fructu ejus mille argenteos. Vinea mea coram me est. Mille tui pacifici, et ducenti his, qui custodiunt fructus ejus. Cant. VIII, 11, 12.*

(2) *Quæ habitas in hortis, amici auscultant: fac me audire vocem tuam. Cant. VIII, 13.*

Jesucristo á su querida alma, tú que habitas en los místicos huertos, y que cual diligente jardinera cultivas las flores de las virtudes que te he encomendado; los ángeles mis compañeros te admiran, te contemplan y oyen tus oraciones; haz que oiga tu voz en el cielo á donde me dirijo, ya que tú quedas en la tierra para trabajar á mi gusto en el jardín espiritual. Esta voz que son tus súplicas, tus quejas y tus aspiraciones, suba á mi solio por manos de mis ángeles que esperan ansiosos ejecutar un ministerio semejante.

Huye, amado mío, contesta el alma fiel, y *aseméjate á la corza y á los tiernos cervatillos sobre los montes de los aromas* (1): Vete en paz, Jesús mío, al lugar de tu eterna residencia, y vuela; pero no me abandones en esta miserable y triste mansión en que estoy encarcelada hasta el día de tu postrer llamamiento. ASÍ SEA.

(1) *Fuge dilecte mi, et assimilare capræ, himnuloque cervorum super montes aromatum. Cant. VIII, 14.*

FIN DE LOS CANTARES EUCHARÍSTICOS
Y DEL TOMO II